

Cosas nuevas

Yo nunca fui un creyente, jamás pude atarme a nada. Aunque supongo que, a estas alturas, ya lo sabe.

¿Por qué uno hace las cosas que hace? ¿¡Cómo voy a saberlo!>? Quizás es porque necesitaba vivir algo distinto, salir del hastío del día a día rutinario hasta el hartazgo. Sí, sí, sé muy bien a qué se refiere pero no es esa mi intención. Va a oírlo todo a su debido tiempo. Nadie lo apura y la verdad es que yo tampoco vivo en la urgencia. Ojalá pudiéramos pedir un buen trago, que siente hace falta en momentos como este.

Tal y como decía, no creo en nada. No puedo hacerle caso al cura ni al santo, ni al criminal ni a nada. Mi vida era creer en el descreimiento. Ninguna idea conseguía satisfacerme, todo tenía fallas estructurales importantes. La música, la comida, la gente, la televisión y demás presentaban errores de fábrica, si usted me entiende.

Sí, un poco de agua servirá a falta de algo más fuerte. Gracias.

Entonces, supongo que fue el trabajo, la rutina de levantarme a la misma hora todos los días y saber que después de muchos años sería un inútil más juntando polvo en un asilo lo que me impulsó a actuar. Sigo sin creer en nada. Esto de la ley es una mentira y los políticos son los rancios estandartes de la mediocridad. Mediocres del primero al último, le digo.

Decidí golpear primero y preguntar después. Así, perdí el trabajo pero conseguí satisfacer un poco ese vacío que me carcomía el corazón. Empezaba a llenar un hueco que siempre había perforado mi alma.

Más tarde sacié el impulso golpeando gente porque sí con objetos contundentes varios hasta que me detuvieron. Claro, estaba rompiendo la ley y las fuerzas de

seguridad no permitirían que eso siguiera pasando. En fin, detuve el impulso de los golpes y lo reemplacé por un asqueroso gusto por la música más comercial y lava cerebros que pueda imaginar. Obviamente, al no creer en nada, era evidente que no me importaba escuchar semejantes abortos sónicos.

Ah, después vinieron las orgías y las visitas a las zonas más depravadas y destruidas de la humanidad. Eso que llaman tugurios, puteríos, locales de oferta sexual o peor aún. Con esa cosa colgando entre mis piernas era evidente que todo iría por el lado de la fornicación robotizada y mecánica más primitiva (o sea, lo típico en buena parte de esta occidentalizada vida nuestra de cada día) porque el cerebro se había congelado en alguna época olvidada de valores puros e infantiles de la que se rehusaba a salir.

Y cuando el de abajo piensa por el de arriba, las cosas se complican.

Entumecido y cansado del ya infame mete-saca, terminé gastando el poco dinero que todavía me quedaba luego de echar por la borda la aburrida y otrora calma normalidad. ¿El objetivo de mis afanes consumistas? Un buen rifle y esas cosas que se supone dejan a uno en un buen estado energético. Drogas les dicen. Yo las llamaba “levanta-ánimos”, una ridícula y casi perversa denominación.

En fin, decidí ir a conseguir algo más de contundencia económica y vaya que el operativo salió bien... A excepción de los vidrios rotos y la sangre. Y la cabeza cortada. Y la joven partida en dos. Y la motosierra que me robé de una ferretería para efectuar tales cortes de campeón. Ah, y cómo olvidarse del auto en llamas y el lanzallamas...

Lo admito. No estuvo tan bien pero pude salir ileso y con una buena pasta que me permitió seguir el viaje hacia algo en qué invertir el tiempo que ya no dedicaba a razonar en creencias estúpidas u objetivos imposibles sino en cosas novedosas y excitantes.

Recherche du plaisir, señores. Le plaisir.

Algunas personas me reconocieron durante mis vagabundeos y pude ver un incomprensible horror en sus ojos. ¿Por qué? No les iba a hacer nada. Sólo atacaba cuando era necesario o no tenía otra opción y eso pasaba cuando la policía conseguía acorralarme. Pero no podía evitarlo. Traía la luz de la verdad para salir de este ridículo vacío existencial que nos afecta. Era evidente que la motosierra ensangrentada y el rifle cargado no ayudaron a mejorar mi reputación, como bien se habrá dado cuenta, pero se habían convertido en mis únicos amigos. No se irían de juerga con el primer mono alfa de otro harén. Tampoco se robarían las llaves de mi automóvil... aunque yo no tengo ninguno, ¿sabe?

A los ojos de algunos remilgados personajes, no era más que una piltrafa que la ley debía abatir con celeridad. Para otros, era un salvador caminando hacia Arcadia en busca de un tesoro supremo: esas definiciones absolutas y completas que seguro se nos revelan al momento de la muerte, cuando ya no podemos decírselas a nadie.

Recuerdo haber limpiado la motosierra sólo para mancharla enseguida con el cuello de un incauto que se atrevió a golpearme con una silla en un bar. Muy poco caballeroso atacar a alguien por la espalda. No lo recomiendo porque puede hacer que pierdas la cabeza. Usted me entiende, ¿no?

Más tarde, tuve que dedicar algo de tiempo a satisfacer el increíble apetito provocado por las ansias carnales, psicotrópicas, espirituales. Todo en pos de probar cosas nuevas porque sino, estimado, la vida es aburrida. Quizás un corte en el pecho sea mejor que un tiro en la sien o una orgía de a diez no es lo mismo que de a ocho o de a doscientos...

¡Me pidió que contara! ¿Qué pretendía, flores y mariposas del Edén? ¿Bondad, valores y amistad? Están todos tanto o más podridos que yo, amigo. ¿Para qué quiere

que hable de lo bueno si no hay? Además, a todos les gusta lo malo, podrido y violento. Muy violento. Sangre, sangre, ¡sangre por todos lados y miembros descuartizados! Tenía que hacer algo distinto a lo usual, aunque caí en el estereotipo más rancio que pueda haber: el traumatado (y lleno de excusas) asesino psicópata y filosófico *cool*. ¡Oh, teman a Caín! Opté por dejar en paz a mi entumecido cuerpo de tanta cosa sexista y pasé al lado bestial y violento. Uno simplemente no puede escapar de su destino.

¿Resultado? La mitad de la policía en busca de mi atrevido pescuezo. Sí, esa era la emoción que necesitaba. Ser perseguido por un montón de sabuesos embravecidos y tipos de las fuerzas especiales tan sobrecargados de armas que parecían seres mecánicos era un buen incentivo para cuidarme y vivir cada momento como si fuera el último.

Arcadia estaba cada vez más cerca...

Hasta que maté a los niños. Esos imbéciles se pusieron en la línea de tiro y no pude evitarlo. La moraleja de la historia, mi estimado oyente, es que nunca hay que meterse con los niños o con nada que medianamente se parezca a un niño. No señor. Tome por favor el vaso, ya no tengo sed. Gracias.

Y así fue. El fin de mis andanzas llegó cuando me quedé sin balas, justo después del inevitable fallecimiento de los gritones retoños regordetes y babosos, lastres de madres y espantos de padres. No fue sólo la policía... Tuve madres, ancianos y hasta un gato a mis espaldas, clamando la sangre de “ese anormal engendro antinatural deforme monstruoso y horripilante asesino de niños, totalmente drogado e incapaz de vivir la realidad como un ser normal y decente” al que había que golpear hasta su trágico desenlace, indigno de los libros de historia pero merecedor de un lindo obituario en el periódico.

Creo que, al final, fue la ley que tanto despreciaba la que salvó mi pellejo de la turba iracunda. La motosierra se había quedado sin energía luego de haber cercenado un

par de miembros y una cabeza por lo que no quedó otra que arrojar todo y... capitular. Supongo que me rendí aunque, más bien, me dejaron plantado en el suelo cual flor pisoteada. Por ende, podría decirse que me “rindieron”.

La policía no ayudó mucho considerando que me disparó por los cuatro costados en medio de la anarquía combativa, tal y como puede ver por la cantidad de vendas que me han dejado como una momia egipcia, émulo de Tutankamón. Sigo vivo porque aparaté la peluca justo antes de que uno de esos desgraciados de los grupos especiales tratara de ajusticiarme con esos malditos tiros “neutralizadores”. Yo no llamaría a la muerte con un nombre tan estéril y sutil como la “neutralización” del sospechoso.

Idiotas, no saben lo que es embarcarse en una gloriosa empresa como la mía y nunca lo sabrán.

Así que, como ha visto, cometí todas esas “locuras” porque necesitaba ver si había algo más en qué creer o porque, ya sabe, la vida es aburrida si no se prueban cosas nuevas. Había pensado en dinamitar un edificio pero no valía la pena. Prefería el contacto directo a los fuegos artificiales.

Sé que ahora no podré hacer nada de eso. Entiendo perfectamente qué pasará conmigo. ¿Saldré libre en cuanto me recupere de mis heridas? Sé que así funciona todo en la vida real.

¿No? ¿Cómo que no? ¡Eso es imposible! ¡Dejé que me atraparan para ver si eso cambiaba un poco el juego del gato y el ratón! Ya sé que casi me habían dejado inconsciente... Recuerdo los macanazos. También las patadas, sí...

Pero... pero, pero, esto no puede ser. ¿Quién es el responsable de esta decisión? No, eso es mentira. ¡No!

¿Cuál es su diagnóstico, doctor? ¡No se vaya! ¡Quiero saber cuál es su diagnóstico! ¡No me deje solo, maldita sea! ¡No!

Maldición... Y ahora van a venir a buscarme. De nuevo a ese apestoso cubículo acolchonado. Yo no quiero una cama en las paredes o el piso. Necesito una cama de verdad...

¡Doctor, venga aquí, no me deje solo! ¡Tengo miedo! ¡Esto es demasiado nuevo para mí!

El doctor cerró la puerta con todas las trabas, examinó la planilla de su paciente y emitió un sonoro suspiro. Llamó a los guardias y les dejó la pesada tarea de llevarse al individuo hasta su cuarto. Iban a tardar un buen rato, el tipo era una bomba filosófica cuando estaba calmado pero se comportaba como una bestia salvaje si las cosas se complicaban. Tomó un bolígrafo de uno de sus numerosos bolsillos, firmó al pie de la planilla y anotó las siguientes palabras en su diagnóstico final:

“Sujeto extremadamente peligroso. Reclusión perpetua.”